

## LECTURAS

# 1917. *La Revolución Rusa cien años después*, de Juan Andrade y Fernando Hernández Sánchez (eds.)\*

Alejandro Andreassi Cieri  
Universitat Autònoma de Barcelona

El libro, como afirma Juan Andrade en la introducción a esta muy lograda obra colectiva, se propone una historización crítica de la Revolución Rusa, que contribuya a «extraer el ‘núcleo emancipador’ que todavía arde bajo las ruinas de aquella experiencia revolucionaria» (p. 38). La dificultad de reseñar una obra de este tipo es indudable, no sólo por la diversidad de temas tratados, sino también por la de los marcos teóricos y metodologías utilizadas e incluso el estilo literario de cada uno de los autores participantes, aspectos que no desaparecen porque existe un eje central, como el mencionado, que los convoca y los coordina. Es por ello que me he visto obligado a glosar cada una de las contribuciones para abrir una leve rendija a través de la cual poder atisbar su contenido y estimular su lectura, que la merece con creces.

Comienzo por Josep Fontana, maestro de historiadores, quien nos enseña los contextos y acontecimientos que hicieron que el sueño revolucionario de octubre de 1917 derivara en un autoritarismo burocrático y, sin embargo, fuera de la URSS ese sueño revolucionario fuera capaz de mantener al



mismo tiempo los anhelos de emancipación de los trabajadores y el temor de las clases propietarias a cualquier movimiento que pareciera amenazar sus privilegios. Ese efecto comenzó a perder poder persuasivo después de la derrota del ensayo de socia-

\* Juan Andrade y Fernandp Hernández Sánchez, 1917. *La Revolución rusa cien años después*, Aka, 2017.

lismo con rostro humano en Checoeslovaquia en 1968, y permitió que esas mismas clases dominantes perdieran su miedo y reiniciaran la mayor contraofensiva contra los derechos conquistados por las clases subalternas, y cuyo alcance y resultados padecemos en la pesadilla de la globalización neoliberal (pp. 41-51).

El artículo de Leopoldo A. Moscoso y Pablo Sánchez León es un repaso del papel de la revolución en el imaginario del movimiento obrero a lo largo del siglo XIX y comienzos del siglo a través de la evaluación de la importancia del entusiasmo como sentimiento capaz de articular movimientos colectivos. La dialéctica reforma-revolución, la primera entendida como vía de arribada a la segunda sustituyendo el fracaso insurreccional que jalona 1797, 1830, 1848 y 1871. Sin embargo, señalan la «originalidad» de la Revolución Rusa al producirse a la manera de las insurrecciones decimonónicas, que los autores atribuyen al carácter atrasado de la autocracia zarista, pero con una diferencia: la existencia de un engarce teórico —el materialismo histórico— que les proveía de un conjunto articulado de herramientas intelectuales que actuaban como sustrato adecuado de los impulsos morales y éticos, del entusiasmo, propio de aquellas. La Revolución Rusa reflejaría el desarrollo desigual y combinado de la sociedad rusa del zarismo, ya que reunía componentes «arcaicos» —para las tesis de la socialdemocracia hegemónica del momento— junto a otros modernos desde el punto de vista del anticapitalismo. El poder movilizador de las energías revolucionarias que produce el entusiasmo, comentado por los autores como el sentimiento, causa y efecto de la conciencia revolucionaria, puede ser equiparable al de la esperanza tal como lo sostiene Ernst Bloch.

Antoni Domènech nos recuerda cómo la Revolución Rusa refutó la doctrina prevale-

ciente de la Segunda Internacional, que establecía la existencia de rígidas leyes de la historia que determinaban el curso evolutivo de las sociedades, que debían completar su desarrollo capitalista pleno para poder llegar al socialismo. Nos muestra, mediante la glosa de la crítica de Rosa Luxemburg a Lenin y Trotsky, la persistencia de elementos del marxismo canónico de la Segunda Internacional —que Domènech denomina como «marxismo doctrinario cristalizado en la Belle Époque» (pp. 103-104)— a pesar de las profundas diferencias teóricas de ambos dirigentes con Kautsky. Pero también, y como efecto contrario a las verdaderas intenciones de los revolucionarios bolcheviques, el producto de Octubre de 1917 no fue la vía hacia el comunismo y la extinción del Estado, sino por el contrario transformó al capitalismo heredado del zarismo en un «despotismo industrial» en la etapa estalinista (pp. 124-126), que cumplía más con las metas redistributivas propuestas por la Segunda Internacional que con la tradición y pulsión emancipatoria que originada por la Gran Revolución Francesa fue continuada por la Primera Internacional.

Wendy Z. Goldman nos explica como la cuestión de género fue abordada por las mujeres durante la revolución, desde una perspectiva sumamente original, organizando a las mujeres en el partido bolchevique en organismos que promovían los intereses específicos de las mismas, especialmente la lucha contra el patriarcado y la sustitución de las tareas domésticas por servicios gestionados por el Estado (guarderías, lavanderías, etc.). También en este aspecto se produjo una diferencia entre el período 1917-1928 y el siguiente, en el cual se experimentaron retrocesos en el desarrollo de la igualdad plena entre mujeres y hombres. Con todo, el balance que efectúa esta autora es positivo, ya que incluso los experimentos truncados por la regresión

estalinista o la efectiva incorporación de las mujeres en ocupaciones antes reservadas solo a los hombres —aunque fuera motivada por las necesidades de mano de obra de la aceleración de la industrialización promovida en los años treinta, haciendo de necesidad virtud— han dejado un valioso legado teórico-práctico para la perspectiva emancipatoria actual.

Rosa Ferré nos muestra cómo la Revolución permitió y estimuló un estallido de creatividad artística y de compromiso de los artistas con el proceso revolucionario, pero también cómo provocó una respuesta clasicista con la que convivió hasta que Stalin impuso como línea artística oficial el «realismo socialista», rechazando los experimentos vanguardistas de la década anterior (153-179). Si bien tanto Lenin como Lunacharski también tenían un gran aprecio por el arte tradicional ruso y no compartieron muchas de las propuestas de las vanguardias, a diferencia de Stalin las consideraban valiosas para difundir los objetivos de la revolución y contribuir la edificación de la nueva sociedad. A tal punto que ese arte vanguardista se introduce en el mundo de la máquina y el trabajo industrial, considerados los núcleos materiales de la revolución socialista, impulsando la interdisciplinariedad para contribuir a la molificación de las potencialidades humanas, con el objetivo de contribuir a la creación del hombre nuevo en la nueva sociedad (168-175).

Serge Wolikow analiza y explica las vicisitudes de la Internacional Comunista, destacando que su creación responde no sólo a las posturas de la izquierda de Zimmerwald, transformadas en mayoritarias desde el triunfo bolchevique, sino también y principalmente a la situación internacional y europea que se presentaba favorable a la expansión del impulso revolucionario originado en octubre de 1917. Su análisis

revela como la línea de la Komintern, que se postula como el estado mayor de la revolución proletaria mundial, se debate entre tres condicionantes: la evolución de las relaciones internacionales, la recomposición del orden burgués y la situación del movimiento obrero en cada país miembro, y la política exterior de la Unión Soviética en busca de la preservación de su proceso revolucionario. Destaca como cuestión esencial en el devenir de la IC la propuesta del Frente Único, que parecía contradecir los objetivos iniciales de la fundación de la nueva internacional, pero que en realidad respondía a una adecuación al reflujo de la oleada revolucionaria y a la progresiva estabilización de los régimes burgueses, especialmente en Europa. Una propuesta de gran trascendencia porque planteaba una recuperación del diálogo con las organizaciones socialdemócratas cuando aún no se habían restañado las heridas producidas por la escisión, pero también de gran trascendencia porque cuando se plantea la cuestión del Frente Popular, la tesis del Frente Único —señala Wolikow— le agregará a las condiciones de la coyuntura de los años treinta el prestigio de ser una propuesta que respondía a la tradición leninista (p. 207). Además, plantea una cuestión de gran importancia para desmentir cierta crítica intencionada rayana en la caricatura sobre su relación con la URSS, ya que considera que incluso hasta el VI Congreso de la IC, por iniciativa de Bujarin, se impulsa la consigna de que cada partido comunista debe definir su política en función de las cuestiones locales y nacionales que deba afrontar, sin perjuicio de la defensa de la Unión Soviética.

Aurora Bosch escribe sobre el impacto de la Revolución Rusa en los EE. UU, definiendo dos contextos: la represión interior realizada por el gobierno norteamericano contra los movimientos radicales que se

oponían a la guerra y simpatizaban con el bolchevismo, un amplio abanico que abarcaba a socialistas, anarquistas y miembros del sindicalismo revolucionario (IWW); y las relaciones exteriores en las que EEUU pronto participó en la confrontación con la Unión Soviética, en apoyo de los ejércitos blancos en la guerra civil y como antecedente del rampante anticomunismo que lideró durante la Guerra Fría (reconocería a la URSS en 1933, con el gobierno Roosevelt). También explica la profesora Bosch cómo la Revolución mexicana iniciada en 1910 contribuyó a radicalizar el pensamiento conservador y los temores de unas clases dirigentes norteamericanas que veían estos procesos como una amenaza a sus intereses. Ambas revoluciones, mexicana y rusa, contribuyeron a definir los perfiles del nacionalismo norteamericano de carácter netamente conservador, así como la política exterior norteamericana durante el siglo XX, basada en el enfrentamiento con la URSS.

Elvira Concheiro Bórquez analiza la relación entre la Revolución Rusa y América Latina, sosteniendo que en América Latina el impacto de la Revolución Rusa llegó más allá del ámbito específico de los partidos comunistas. Centra su análisis en el caso de la Revolución mexicana y los gobernantes que la sucedieron, repetidamente calificados como «bolcheviques» por realizar políticas contrarias a los intereses estadounidenses. Destaca que el impacto de la Revolución Rusa no fue la de una recepción pasiva, sino por el contrario, quienes se interesaron por esa experiencia lo hicieron a la luz de la propia experiencia revolucionaria y además consideraron que en virtud de la misma se imponía un deber de solidaridad con una lucha que sentían propia en muchos aspectos. Considera que debería concebirse la relación como el intento de «un diálogo con lo que en otro extremo

del planeta está realizando el pueblo ruso» (p. 240). Reconoce tres grandes cuestiones que conectan la Revolución Mexicana con la rusa: el carácter político y social que le imprimen las masas campesinas y obreras, la conciencia de la dimensión mundial de la lucha anticapitalista y el antíperialismo como condición necesaria para el triunfo revolucionario. Hay una identidad entre ambas revoluciones también en la importancia del campesinado como sujeto revolucionario, ya que en ambos países la consigna central es la de tierra y libertad. Acaba afirmando como esa identidad alcanza también al arte como un punto de encuentro entre ambas revoluciones, en la obra de los muralistas mexicanos, como en el cine de Eisenstein.

Sebastiaan Faber nos habla del impacto de la Revolución Rusa en la cultura política española de la época, destacando que las primeras noticias de la misma llegan cuando el movimiento obrero está protagonizando movilizaciones en el marco de la crisis del régimen de la Restauración, como las huelgas generales de 1916 y 1917 en las que actúan de forma unitaria UGT y CNT. Señala que su impacto tiene dos consecuencias, favoreciendo la movilización de trabajadores de la ciudad y el campo y, al mismo tiempo, contribuyendo a las divisiones entre las organizaciones obreras y en el seno de las mismas; divisiones que también se manifestarán con ocasión de la adhesión a la recién constituida III Internacional, tanto en el PSOE-UGT como en la CNT. Por ende, la Revolución Rusa obligó al movimiento obrero a leer la realidad española en clave internacional y a definir su relación con los organismos internacionales surgidos como consecuencia de la misma. También destaca que las clases dominantes españolas participaron del anticomunismo rampante que exhibieron las burguesías y gobiernos de otros países europeos y ame-

ricanos, y que acompañó la brutalidad con que reprimieron al movimiento obrero, muy activo entre 1917 y 1920, una reacción anti-obra y anti-izquierdista que encontraría en los fascismos su máximo exponente.

Ángel Duarte plantea que el republicanismo de esas décadas primeras del s. XX continúa ofreciendo para amplias capas sociales el marco de una modernización democrática de España, que redujera el predominio cultura eclesiástico y oligárquico, y cómo ese marco cultural político debe dialogar y afrontar el desafío revolucionario ruso, que trasciende las expectativas emancipadoras ofrecidas hasta ese momento por los republicanos y su acercamiento progresivo a la socialdemocracia. En el ámbito del republicanismo la Revolución Rusa será interpelada en el marco de la guerra y los desafíos político-sociales a la crisis de la Restauración. La Revolución Rusa, desde octubre de 1917 es valorada o descalificada en función de su impacto en la guerra europea, superando y neutralizando el valor icónico que la toma del Palacio de Invierno podría haber tenido para la simbología revolucionaria, equivalente al de la toma de la Bastilla en 1789. Por ese motivo será negativa y oscura para la mayoría de los republicanos, siendo un grupo muy reducido de su ala izquierda más extrema, que irá con el tiempo simpatizando con el anarcosindicalismo, el que la considerará positivamente. Por lo tanto, la Revolución Rusa despierta esperanzas y temores en los ámbitos del republicanismo peninsular, ya que es, por una parte, en su primera fase objetivación del triunfo de la razón emancipatoria, pero por otro su carácter proletario choca con la visión del republicanismo que ve un fundamento de cooperación interclasista en la conquista de la democracia. Por ello los republicanos españoles cambiarán Rusia por Alemania, la URSS por la República de Weimar, como paradigma de la modernización

democrática a la que aspiran para España (pp. 324-325).

Francisco Erice nos explica que el origen del PCE no es una reproducción mecánica de las divisiones de los partidos socialistas europeos, sino que se asentaba en divisiones previas existentes en el PSOE y la UGT relacionadas con el contexto español, tanto en lo relativo a la política de alianza con el republicanismo, como en el debate entre confrontación y moderación en los medios sindicales. Erice sitúa el problemático inicio y dificultad de crecimiento del PCE en su radicalismo izquierdista, justamente en el momento en que se debatían las tesis expuestas por Lenin en su texto, *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, donde criticaba el antiparlamentarismo y la negativa a participar en organizaciones de masas de mayoría reformista, y que lo impedía conectar con la que debía ser su base social fundamental, los trabajadores. A su vez el PCOE, formado por la corriente tercista del PSOE, más moderado, con mayor implantación sindical y con mayor militancia se unió, después del III Congreso de la IC al PC Español, formando ambos el PCE. Para Francisco Erice el entusiasmo producido por la Revolución Rusa y la interpretación de la realidad nacional a través de su prisma no fueron suficientes para generar una organización política capaz de conectar con la clase obrera española y responder a sus reivindicaciones específicas, ni tampoco de hacerse un hueco significativo entre el PSOE, que no había sufrido el des prestigio de los partidos pertenecientes a los países beligerantes, y un movimiento anarcosindicalista sólidamente asentado (p. 355).

José Luis Martín Ramos explica que la disipación de las expectativas revolucionarias inmediatas a Octubre, condujo a partir de 1920 a una reconsideración de los ritmos y formas de la acción revolucionaria. La re-es-

tabilización del capitalismo y la hegemonía burguesa llevó al replanteamiento de la política de alianzas de los partidos comunistas ya integrados en la IC, lo que condujo a la formulación de la propuesta del Frente Único, que implicaba la búsqueda de acuerdos con las otras organizaciones de izquierda, principalmente con los socialdemócratas, y la consigna del «gobierno obrero y campesino». Destaca como estas consignas sufrieron altibajos durante el período del V y VI congresos de la IC, hasta que se impuso a partir de este último la consigna del socialfascismo, que conduciría a un progresivo aislamiento de los partidos comunistas en general, y que tendría tan nefastas consecuencias en el caso del KPD. En cambio, la llegada de los nazis al poder en Alemania provocó en el movimiento comunista internacional una revisión de esas concepciones y una decisión a favor de la recuperación de la consigna del Frente Único, de forma práctica a raíz de los acontecimientos de 1934 en Francia y Austria, que mostraban la agresividad del fascismo y la extrema derecha, y que se concretaría con la adopción de la propuesta de los frentes populares aprobada en el VII Congreso de la IC en 1935. Esta, que en un principio planteaba una alianza de la clase obrera de carácter defensivo, se transformará en propositiva y extensiva a las organizaciones no obreras, como la oferta que hizo el PCF al Partido Radical francés, con el objetivo de incorporar a las clases medias en una alianza estable contra el fascismo. Señala que el éxito de la propuesta frente-populista se debió, más que a la fuerza de los diferentes partidos comunistas, a cada realidad local y a la percepción de la inminencia de la amenaza fascista. Concluye que la propuesta de los frentes populares como propuesta propositiva de una reorganización social en el sentido de una democracia avanzada de fuerte contenido social reapareció en el programa de la

resistencia antifascista durante la Segunda Guerra Mundial, lo que demuestra la vitalidad de su proyecto, aunque luego fuera derrotado por las presiones de la Guerra Fría.

Josep Puigsech nos habla del impacto de la imaginería de Revolución Rusa en la guerra civil española, principalmente como referente de resistencia armada frente a la contrarrevolución y la agresión extranjera, más que como modelo de transformación social. Destaca el carácter presentista de esa evocación de la Revolución Rusa en todas las organizaciones políticas y sindicales del campo republicano, poniendo el acento en la solidaridad efectiva y material de la URSS con la República española, como ejemplo del internacionalismo antifascista.

José M. Faraldo explica el papel de Rusia durante la Segunda Guerra Mundial y el carácter de «guerra patria» con que la afronta el régimen estalinista, que deja atrás a la Revolución de Octubre y consolida la construcción del Estado Nacional, protegido en la postguerra por las democracias populares erigidas en Europa del Este. Destaca los conflictos o cuestionamientos a los regímenes socialistas en la RDA, Hungría, Polonia y Checoslovaquia, que al ser protagonizados por la clase obrera y otros sectores populares minan la legitimidad de esos regímenes. Su aportación, interesante especialmente porque aporta ideas muy sugerentes como la afirmación de que la revolución bolchevique acabó el día que acabó la Segunda Guerra Mundial, sin embargo establece otras que merecerían una mayor matización, como cuando propone, sin aportar pruebas de ello, leer el pacto Molotov-Ribbentrop como el resultado de la «firme convicción de Stalin de que podía llegar a un acuerdo con Hitler para repartirse Europa» y en la posibilidad de una firme alianza con los nazis.<sup>[1]</sup> Otros autores sos-

1.- Lo condenable del estalinismo fue su política interna

tienen y documentan que la intención del gobierno soviético fue llegar a una alianza militar con Gran Bretaña y Francia, pero a la reticencia de estos se agregó el rechazo rotundo de Polonia, intención que se mantuvo hasta escasas 48 horas antes de firmar el pacto de no agresión con los nazis, y éste como último recurso para evitar un ataque inminente y ganar tiempo para frenar un ataque futuro.<sup>[2]</sup>

Michelangelo Di Giacomo y Novella di Nunzio analizan las relaciones del PCI con el PCUS durante las décadas de 1970 y 1980, una evolución que muestra el alto grado de autonomía del PCI respecto de su homólogo soviético, y las relaciones que esa autonomía tenía con respecto al proyecto político del partido para Italia. Un proyecto que, liderado por Enrico Berlinguer y continuando las grandes líneas maestras trazadas por Togliatti, vinculaba indisolublemente el proyecto socialista con la democracia, lo que, si bien no implicaba una impugnación y una enmienda a la totalidad a la Revolución Rusa, sí señalaba

—colectivización forzosa, eliminación física de los cuadros del PCr(b), represión generalizada y gulag— pero no su política exterior. Lo que no puede atribuirse a su régimen, ni al soviético en general, es la intención de perseguir una política de guerra y conquista. Este aspecto, junto al genocidio planificado, es lo que diferencia —además de los principios ideológicos— al estalinismo del nazismo en particular y del fascismo en general, estas últimas dictaduras que viven para y por la guerra de agresión y la expansión imperialista como *primum movens* de su razón de ser.

2.- Geoffrey Roberts, «The Soviet Decision for a Pact with Nazi Germany», *Soviet Studies* Vol. 44, n.o No 1 (1992): 57-78; Geoffrey Roberts, *Stalin's Wars: From World War to Cold War, 1939-1953* (Yale University Press, 2008). En el mismo sentido, Geoffrey Roberts cita una declaración de Stalin a Dimitrov en el encuentro que mantuvieron el 7 de septiembre de 1939, en la que afirmaba que «nosotros habríamos preferido un acuerdo con los llamados países democráticos, por ello habíamos iniciado negociaciones con ellos, pero Gran Bretaña y Francia pretendían que fuéramos sus 'asalariados' sin pagar por ello», ver entrada correspondiente al 7 de septiembre. Georgi Dimitrov, Ivo Banac, *The Diary of Georgi Dimitrov, 1933-1949* (Yale University Press, 2003).

la posibilidad de vías revolucionarias alternativas. Las autoras nos recuerdan que la experiencia de la Unidad Popular chilena y su final sangriento a manos del golpe pinochetista influyeron al PCI y en particular a Berlinguer en su propio «giro de Salerno», que produjo la propuesta del compromiso histórico y que se acompañó de la consigna dirigida a todo el movimiento comunista de la necesidad de la «unidad en la diversidad». De ello recogen dos cuestiones: el concepto de «horizonte del comunismo», utilizado con frecuencia por Pietro Ingrao, con el que señalaba que el proceso revolucionario debía ser de un proceso de larga duración en el que se tendía en aproximaciones sucesivas a la nueva sociedad post-capitalista. Por último, explican como en ese contexto relacional y de política interior surgirá el proyecto eurocomunista, que compartirán no sin tensiones con el PCE y el PCF.

Jesús Izquierdo Martín y Jairo Pulpillo López reflexionan sobre la simbología y el discurso político de izquierdas respecto de la experiencia de 1917, especialmente durante la transición de la dictadura franquista a la democracia. El PCE adoptó rápidamente un discurso reformista, bajo la presión hacia el reformismo y el consenso en la que el PSOE tuvo un papel crucial. El Partido Socialista, de forma oportunista, con el fin de arrebatar al PCE su clara hegemonía en la lucha antifranquista y para posicionarse con ventaja en el marco reformista en que desembocaba la negociación entre la élite franquista no inmovilista y las élites opositoras, mantuvo durante un corto período un discurso que pretendía sobreponer por la izquierda al PCE, pero distanciado de la experiencia bolchevique, dirigido más a reivindicar un «socialismo autogestionario», discurso que clausuró con su abandono del marxismo en 1979, una vez comprobada la eficacia de su táctica accidentalista en las elecciones generales de junio de 1977. Des-

tacan que, a pesar de que las organizaciones a la izquierda del PCE mantuvieron durante la Transición un discurso revolucionario, lo desvincularon completamente de la experiencia soviética por motivos similares a la desconexión que estaba practicando la izquierda europea española y europea especialmente a partir de 1968 y de las formulaciones del eurocomunismo. Cabe destacar que ambos señalan como una característica fundamental de la Transición que esta fue un proceso desarrollado «Bajo la presión de la violencia del aparato represivo heredado del franquismo» y por lo tanto aquella «se desarrolló desde la tutela del régimen anterior, en un proceso de reforma que fue paulatinamente aceptado por el PSOE y el PCE» (p. 481), señalando con ello el contexto fundamental que impidió el surgimiento de las condiciones de posibilidad de una verdadera ruptura democrática. El régimen del 78 y su relato triunfal hegemónico acabó liquidando cualquier vinculación de la izquierda con los horizontes utópicos que abrió 1917. En auxilio de ese relato triunfal de la Transición acudieron por una parte la acomodación y conformismo creciente por el acceso a pautas de consumo «europeas» y de modernización en las clases medias y parte de la clase obrera a partir especialmente de 1982, que se sumó al efecto negativo generado por la violencia desatada por la dictadura franquista durante todo su dominio sobre la población española, reforzando el rechazo y temor a cualquier experiencia revolucionaria. En ellas están en parte las raíces del desencanto y la desafección de toda una generación de militancia revolucionaria. Acaban sin embargo ofreciendo una posibilidad de resignificar 1917 no como proceso a imitar sino como símbolo que, vinculado a quienes mantenían la posibilidad de ruptura durante la Transición, nos permita desestabilizar el discurso hegemónico del 78, que une revolución

con violencia y distopía, para invitarnos a reflexionar sobre el rol fundamental de la violencia en la génesis y desarrollo del capitalismo.

Constantino Bértolo nos muestra cómo la literatura de la Transición ha retratado a la militancia comunista con sarcasmo y ridiculización, a través del comentario de tres novelas que el autor considera representativas de esta tendencia, que reconoce no se encuentra en novelas más recientes, donde se intenta una aproximación literaria al fenómeno militante desde el respeto a la misma. Realiza una muy interesante diferenciación entre la ironía y el sarcasmo, considerando a la primera el recurso de los débiles frente a los poderosos, y el segundo lo inverso, el recurso del poder para aislar y reducir a la impotencia a los débiles. De este modo los novelistas glosados se situarían en la perspectiva postmoderna de la exaltación del individualismo y de la actitud competitiva, correspondientes al modelo social del capitalismo rampante. En este sentido observa dos características que al mismo tiempo son carencias de esta novelística: la mayoría se centra en estudiantes universitarios, reduciendo así el ámbito social de la resistencia a la dictadura, y la segunda característica es la ausencia de personajes pertenecientes al mundo del trabajo, y si aparecen lo hacen como trasfondo de los protagonistas de los relatos.

Guillem Martínez reflexiona sobre los diferentes anticomunismos y se pregunta cuál será el del siglo XXI. Parte de la consideración de que el comunismo, junto con el feminismo y el psicoanálisis, ha sido el hecho diferenciador del siglo XX. Pero continúa diciendo que ha debido enfrentar a su oponente desde el momento de su surgimiento en el siglo XIX. Y agrega que ese antagonista ha sido diferente según las épocas. El anticomunismo decimonónico que se prolonga, con un breve intervalo entre

1917 y 1921, hasta el final de la guerra civil española, procede del otro gran tronco de la izquierda, el anarquismo. Pero la derecha y la extrema derecha no esperarán hasta el final de los años treinta para incorporar el anticomunismo como núcleo fundamental de su arsenal ideológico. Lo que sucede es que para conservadores y fascistas el anticomunismo se proyectará sobre cualquier movimiento político y social que reivindique el reino de la igualdad y la libertad para el género humano, lo que incluirá a los viejos rivales del marxismo: los anarquistas. En el caso de España, la dictadura franquista como claro régimen fascista, hará del anticomunismo un núcleo fundamental de su acción política represora, anticomunismo oficial de Estado (522), pero el ocaso del movimiento anarquista, y el protagonismo del PCE y PSUC en la lucha antifranquista devolverá al término un contenido ideológico más preciso.

Álvaro García Linera nos ofrece una interpretación del significado de la revolución en términos de «transformación radical de los esquemas de sentido común de la sociedad, del orden moral y del orden lógico que monopoliza el poder político centralizado» (p. 354). La metáfora del asalto al Palacio de Invierno, tantas veces repetida en las izquierdas como el momento revolucionario, no es —señala— más que un episodio contingente de un proceso revolucionario de largo plazo protagonizado por las masas populares movilizadas, tanto la clase obrera como el campesinado, que van vaciando las estructuras y conceptos que aseguraban la hegemonía de la clase dominante bajo el zarismo y el gobierno provisional surgido de febrero, para sustituirlos progresivamente por otros valores, objetivos y procedimientos que modelan una nueva moral y una nueva praxis presididas por la democracia radical, representada por los sóviets. Si bien la sustitución de una hegemonía

por otra es un proceso que por regla general puede ser de muy larga duración, García Linera subraya que la celeridad con que se desarrolla la Revolución Rusa es explicable por las excepcionales circunstancias en las que se produce, en primer término, la gran carnicería que significa la Gran Guerra, que carcome hasta sus cimientos las bases del poder autocrático. Pero también afirma que paradójicamente esa excepcionalidad no se contradice con la universalidad de las condiciones revolucionarias, en tanto cualquier país en una determinada coyuntura puede experimentar esa grieta en el dominio hegemónico, esa apertura de posibilidades de pensar y proceder a erigir otra sociabilidad, otro *ethos* y otro *nomos* (p. 556), cuando en realidad la clase organizada ha ido elaborando previamente las condiciones de esa ruptura, desde los micro-fundamentos de la sociedad, desde la cotidaneidad de las clases subalternas. Lamentablemente el espacio de que dispongo no me permite seguir glosando este brillante capítulo, pero reproduzco este paso que de alguna manera sintetiza lo que ha escrito, y especialmente su análisis de los problemas que surgen durante la guerra civil y la implantación del «comunismo de guerra»: «El socialismo como construcción de nuevas relaciones económicas, no puede ser una construcción estatal ni una decisión administrativa, sino, por encima de todo, una obra mayoritaria, creativa y voluntaria de las propias clases trabajadoras que van tomando en sus manos la experiencia de nuevas formas de producir y gestionar la riqueza» (p. 592). Uno de los riesgos que advierte García Linera es el de la formación de una «burguesía de Estado» si las direcciones de las empresas estatizadas no sólo se apropiaran en exclusiva del poder de decisión, sino que esa situación de monopolio administrativo se prolonga y consolida a lo largo del tiempo (pp. 593-594).

Enzo Traverso analiza los relatos apologéticos y condenatorios de la Revolución Rusa y sus consecuencias, concluyendo que tanto unos como otros no sirven para el análisis del proceso revolucionario. Distingue cuatro momentos del comunismo, que se suceden o son simultáneos a lo largo del siglo XX: como movimiento revolucionario, como régimen, como impulsor de la lucha anticolonial y antifascista y como sustituto de la socialdemocracia. Este último aspecto se daría de un modo más circunscrito geográfica y temporalmente ya que correspondería a la etapa de los «30 gloriosos», el pacto social de la segunda postguerra, estimulado no sólo por la existencia del bloque socialista sino también por la potencia de los partidos comunistas occidentales, especialmente en Italia y Francia, y se caracterizaría, en una etapa de fuerte crecimiento económico en el mundo occidental, por el abandono momentáneo de la lucha anticapitalista a cambio de conseguir una mejora substancial de las condiciones de vida y laborales de las clases populares.

Fernando Hernández Sánchez cierra el volumen destacando la formación de los frentes populares no sólo como instrumentos para combatir el fascismo, sino como impulsores de los primeros experimentos del *Welfare State* que se desplegarían en la segunda postguerra. Un recordatorio importante que demuestra que incluso la «humanización del capitalismo», el pacto social de postguerra, no se debió sólo a los factores apuntados por Traverso sino también a la comprensión por las fuerzas antifascistas de los años treinta, y especialmente de los comunistas, de los factores sociales y económicos que habían contribuido a la llegada al poder de los fascismos y especialmente del alemán. Destaca que la propuesta frentepopulista no sólo revitalizó los objetivos de transformación social en el movimiento comunista, sino que lo hizo

ampliando su base social, con la incorporación de la intelectualidad y las clases medias radicalizadas en su rechazo al fascismo (p. 643), y con un proyecto de transformación social avanzado —la democracia popular—, no mimético del modelo soviético, como sucedió con el bloque de partidos que sostenía al gobierno republicano durante la guerra civil española. Destaca Hernández Sánchez, al igual que Traverso, que los partidos comunistas de la Europa Occidental, especialmente el PCI y el PCF, devinieron entre los años cincuenta y setenta verdaderas contra-sociedades desde las que organizaban una sociabilidad alternativa y una forma de presión político-cultural sobre los estados al estar vetada su participación directa en los gobiernos después de 1947. En alguna medida y en ese sentido, era una recuperación del viejo modelo socialdemócrata decimonónico cuyo paradigma fue el SPD. Atribuye la pérdida por la URSS de su carácter referencial, fundamentalmente por los tremendos errores cometidos al afrontar los conflictos surgidos en la RDA (1953), Hungría y Polonia (1956) y Checoslovaquia (1968).

Vaya por delante que todas las contribuciones son excelentes y cada una, desde el tema abordado, da cumplida visión de la Revolución Rusa, su impacto y consecuencias. Es una obra poliédrica, no sólo por las diferentes especificidades temáticas tratadas en el mismo, sino también por el peso diferente de las evaluaciones del fenómeno revolucionario analizado en esta obra. Pero su carácter caleidoscópico le otorga una valiosa característica, ya que la diversidad de temas y enfoques le permite al lector tener una visión muy completa y compleja de lo que significó la Revolución Rusa y su impacto en nuestro tiempo. Una primera conclusión que puede extraerse es que la misma existencia de esta obra es prueba de que la Revolución Rusa cien años sigue

despertando interés después de su inicio y, pese a las numerosas impugnaciones a sus resultados —producto especialmente de las tendencias originadas por la Guerra Fría—, es innegable que constituye un hecho trascendental del siglo XX y cuyos efectos llegan hasta el siglo actual, por lo tanto, que es imposible entender nuestro tiempo sin tener en cuenta a la revolución y sus resultados. En ese sentido, tal vez el ejemplo más evidente de ese carácter determinante de la revolución sobre la historia del siglo, es el reconocimiento de que sin la existencia de la URSS difícilmente sería pensable el pacto social de la segunda postguerra que permitió los 25 años de capitalismo «de rostro humano», llamados también los «25 gloriosos», a pesar de que en el momento en que ello se producía la URSS había pasado por la pesadilla estalinista y había perdido el aura revolucionaria y de promesa utópica de su primera década, pero recuperaba gran parte de su prestigio por su decisiva participación en la derrota del fascismo en la Segunda Guerra Mundial.

Probablemente, el problema mayor con el que debió enfrentarse la Revolución Rusa fue el de las enormes carencias provocadas por la Gran Guerra y la guerra civil subsiguiente, obligando al partido bolchevique para superar una situación catastrófica a adoptar una línea productivista que establecía una especie de «estado de excepción» hasta tanto se paliaran los graves déficits especialmente en alimentos y bienes básicos, suspendiendo hasta su resolución la senda que debía conducir al comunismo. Esta situación es la que explica, especialmente durante la guerra civil, el abandono del control obrero en la industria, que era un hito prioritario en el proyecto revolucionario y sus sustitución paulatina por métodos tayloristas que eran lo opuesto

estableciendo una rígida disciplina fabril.<sup>[3]</sup> El problema, evidentemente no previsto, era que esa tendencia productivista poseía una inercia muy potente, a la que ayudaba por una parte la disputa entre industria y agricultura sobre el reparto de ingreso, que se manifestó con la «crisis de las tijeras» de 1923, la cual exigió un aumento de la producción industrial para reducir el aumento desmesurado de los precios de los bienes manufacturados respecto a los productos agrícolas. La tendencia se intensificó con la industrialización y la colectivización forzosa impulsada por Stalin a partir de 1928-29, con el inicio del Primer Plan Quinquenal, para solucionar los problemas de desorganización y baja producción de la economía soviética, atizada al mismo tiempo por el temor a una nueva intervención extranjera, un espectro que no cesó prácticamente en toda la historia de la URSS, pero que era candente en la década de 1930, y que exigía un rápido desarrollo industrial para garantizar una producción de material militar que garantizara la defensa de la URSS.

La Revolución Rusa deja, a través de esta obra colectiva, varios mensajes de gran potencia:

Es posible el derrocamiento del capitalismo y la erección de una sociedad alternativa.

La revolución no se limita al momento de la ocupación del poder político por las fuerzas revolucionarias, sino que es un proceso complejo, para nada lineal, contradictorio, donde la lucha de clases persiste más allá de la abolición parcial o total de la propiedad privada de los medios de producción, con avances y retrocesos, estos de tal magnitud que pueden significar incluso su liquidación<sup>[4]</sup>.

3.- Robert Linhart, *Lénine, les Paysans*, Taylor (Le Seuil, 2016).

4.- Charles Bettelheim, *Las Luchas de clases en la URSS: primer período, 1917-1923* (Madrid: Siglo XXI, 1976); y *Las Luchas de clases en la URSS: segundo período*,

La Revolución Rusa no es el iniciador de un ciclo revolucionario, sino el catalizador y el estimulador de líneas de conflicto que le preceden y el elemento parangón con el cual se miden y medirán las que le continúan. La Revolución Rusa no opera en un terreno virginal, no es el comienzo sino la culminación de un ciclo que se abrió con la Revolución Francesa y abre otro, incluso con el fin de su experiencia en 1991, de acumulación de tensiones y conflictos que nos son contemporáneos y cuya eclosión todavía no atisbamos, siguiendo la metáfora del motor diésel para hablar de los procesos revolucionarios que nos enseñó el maestro Hobsbawm.

La democracia es intrínseca al desarrollo del socialismo. Si las clases subalternas que han sido sus protagonistas en los momentos iniciales no mantienen ese protagonismo en las etapas ulteriores difícilmente se podrá construir ese nuevo *ethos* y *nomos*, tal como reflexionaba Lenin en sus últimos escritos y en su testamento. Es imposible, sin la intervención activa de los ciudadanos en el debate público y en la toma de decisiones, mantener vivo el espíritu revolucionario en un periodo que Lenin preveía como muy largo hasta llegar a la antesala del comunismo. Sus reflexiones en *El Estado y la Revolución* van en ese sentido y no en el derrotero que después de su muerte adoptaría la revolución. La pulsión democrática en el movimiento obrero, a favor de una democracia plena que alcanzara el núcleo del poder capitalista —el centro de trabajo— alentó incluso en un movimiento obrero dominando por el reformismo como el alemán, cuando los obreros exigían como condición de la nueva república democrática que aboliera el poder omnímodo de los patronos en las empresas, que reconociera oficialmente la representatividad de los comités de fábrica y que estableciera un

horizonte de cogestión en la ley constitucional. Por ello, el intento del pensamiento conservador o del fascista al juzgar la toma del Palacio de Invierno como metáfora de la Revolución pretendía presentar a la Revolución Rusa como un *putsch*, un golpe de Estado —a la manera de Curzio Malaparte— realizado por una minoría decidida, pero autoritaria por militarizada, dando con ello pie a la creencia en una teleología que conduciría a la revolución irremisiblemente a desembocar en la autocracia estalinista. Sin embargo, olvidan quienes emiten esos juicios que la revolución sólo fue posible por su carácter democrático, o sea por grandes masas populares, clase obrera y campesinado, que actuaban autónomamente respecto a los poderes del viejo estado zarista, ahora devenido gobierno provisional, y la virtud de los bolcheviques fue formar parte de ese movimiento autónomo interactuando en su seno, de un modo similar a como definía Marx las tareas de los comunistas en el segundo capítulo del Manifiesto Comunista. Desde esa perspectiva la tan debatida y controvertida cuestión de la disolución de la Asamblea Constituyente en enero de 1918 puede ser considerada como una decisión consecuente con la prioridad otorgada por los bolcheviques y los eseritas de izquierda a la democracia soviética respecto al parlamentarismo vigente en países como Gran Bretaña, Francia o la República de Weimar.<sup>[5]</sup> Se sustituía la dictadura fideicomisaria, propia de la democracia burguesa, por dictadura soberana, o sea la democracia de los consejos, dando impulso a la continuidad de la revolución coincidiendo con el inicio de las amenazas a la misma en la forma de presencia en el sur de Rusia de las primeras fuerzas antisoviéticas bajo el mando de antiguos generales zaristas.

5.— Ver Edward Hallett Carr, *La Revolución bolchevique: 1917-1923, Historia de la Rusia soviética* (Madrid: Alianza, 1985), 126-36.